

los funcionarios de la República romana más comprometidos permaneciesen en libertad. Mientras tanto, la autoridad francesa, afirmándose en su actitud, se negaba á prestar su concurso á los arrestos políticos. Así se desarrollaban entre ambos poderes los gérmenes de desacuerdo. Sólo Pío IX, empuñando las riendas del gobierno, hubiera podido evitar ó apaciguar los conflictos. Pero Pío IX persistía en aplazar su vuelta. Hay que decir que Dios, que había prodigado al Pontífice todos los dones del corazón, le había concedido en menor grado esa firmeza política que domina y reduce al silencio las pretensiones rivales; quizá hay que atribuir más á la conciencia de su propia debilidad que á la influencia de sus consejeros la prolongación de su voluntario destierro.

Donde más impresionó la noticia de aquellos disencuentros fué en París. Juzgando la situación por cartas particulares y por las correspondencias de los periódicos, ordinariamente exageradas, el Sr. de Tocqueville se mostraba más impresionable de lo que convenía á un hombre de Estado. Su irritación le inspiró palabras casi conminatorias: «Somos consejeros que ceñimos espada,» escribió el 4 de agosto el general Oudinot. En el Elíseo empezaban á atribuir á debilidad ó á connivencia de nuestros agentes diplomáticos ó militares la actitud del gobierno pontificio ó de la comisión de cardenales. Se quería una víctima y Oudinot fué sacrificado, á pesar de que se había mostrado hasta entonces más favorable que hostil á los liberales romanos. El general fué llamado con el honorable pretexto de que, teniendo que ser disminuído el cuerpo de ocupación, no permitía su dignidad que conservase el mando. Regresó á París á fines de agosto, colmado de testimonios de consideración de parte del municipio romano y del gobierno pontificio. Había entregado el mando al general Rostolán, bravo y leal como él, y dotado además de una inteligencia más política y más firme.

Mientras los jefes militares franceses luchaban en Roma contra las tendencias del partido retrógrado, nuestros plenipotenciarios, señores de Corcelles y Rayneval, no tenían en Gaeta una tarea menos ruda ni menos difícil. Tratábase de determinar qué principios de gobierno adoptaría el papa, y de salvar algunas de las instituciones liberales que tiempo atrás habían hecho tan popular el nombre de Pío IX.

Fácil era á todo espíritu atento observar el trabajo que se había operado en la corte de Gaeta. Parecía que las ideas del Padre Santo ó de sus consejeros habían experimentado, desde su salida de Roma, tres evoluciones sucesivas.

Hasta la batalla de Novara, habían pensado mantener el *estatuto* de 1848. Parecía á Pío IX que había adquirido un compromiso con el pueblo y que su lealtad le obligaba á cumplirlo escrupulosamente.

Desde el día en que la temeraria empresa de Novara hubo devuelto á Austria su influencia comprometida ó perdida, la retirada del *estatuto* encontró numerosos partidarios. Para vencer las vacilaciones del Soberano Pontífice, se hacía observar, no sin razón, que habiendo el pueblo romano aceptado la República, había roto por ende el contrato convenido entre él y el Padre Santo, y que, por consiguiente, las leyes políticas anteriores se hallaban virtualmente abolidas. Sin embargo,

sin dejar de renunciar á la monarquía constitucional propiamente dicha, no se negaba que la *Consulta de Estado* de hacienda hubiese de tener voz y voto deliberativos en materia de impuestos. El 20 de mayo, en la conferencia de Gaeta, el cardenal Antonelli, sin explicarse sobre el régimen futuro, convenía en que la vuelta á las instituciones anteriores á 1846 era imposible. Por su parte, el Sr. de Rayneval, en sus despachos al ministro de Negocios extranjeros, daba á entender que los consejos que se instituyesen tendrían, en materia legislativa, un derecho consultivo y, en materia de impuestos, un derecho de deliberación y voto. Tal era, decía, la impresión que había sacado de sus conferencias con el secretario de Estado del Padre Santo (1).

A últimos de junio se produjo una nueva evolución en los consejos del Soberano Pontífice. Empezaron á declarar que las instituciones constitucionales, aun mitigadas por toda clase de garantías, eran incompatibles con la naturaleza del gobierno pontificio: en cambio, y para disimular aquella política de retroceso, se desquitaban sobre las libertades municipales y provinciales que serían, según se aseguraba, más extensas que en la mayor parte de los países de Europa. A instancias de nuestros enviados que procuraban mantener al Padre Santo en sus antiguas vías políticas, el papa y sus consejeros contestaban en términos evasivos, alegando casi siempre, para aplazar su decisión, el estado extraordinario en que se encontraban: «¿Debo condenarme á parecer que sufro la presión de la fuerza?» decía el papa al Sr. de Corcelles. «Si algo bueno hago, ¿no es preciso que mis actos sean espontáneos y tengan la apariencia de serlo?.. ¿No he tomado la iniciativa de las reformas de que me habláis (2)?» Pocos días después, el Padre Santo hablaba de la misma manera al Sr. de Rayneval. Las conferencias se multiplicaban, y el papa se defendía con aquella encantadora sencillez que le granjeaba el aprecio de todo el mundo, y, como para dar pábulo al ardor de nuestros diplomáticos, dejaba esperar que el Código Napoleón, ligeramente modificado, podía tener aplicación en Roma.

El 11 de agosto, reunida en sesión la conferencia de Gaeta, el cardenal Antonelli dejó, por último, entrever cuál sería el programa del gobierno pontificio. Como siempre, insistió sobre las franquicias municipales y provinciales, que serían muy amplias, según afirmaba el ilustre purpurado. Este añadió que se establecería una consulta de Estado en materia de hacienda. Como el secretario de Estado del Padre Santo guardaba silencio sobre la naturaleza de las atribuciones de dicha consulta, el Sr. de Rayneval le suplicó que se explicase sobre el particular. El cardenal Antonelli confesó entonces que la curia romana no tenía el propósito de conceder voto deliberativo á la expresada consulta. Su mismo nombre de *consulta*, dijo en substancia, indica que no se trata de crear una asamblea deliberante. Por los asuntos de hacienda se llegaría sin grandes rodeos á todas las cuestiones gubernamentales y se volvería de este modo al régimen constitucional que se quiere proscri-

(1) Despachos del Sr. de Rayneval al ministro de Negocios extranjeros, 18 de mayo y 14 de junio de 1849 (*Monitor*, página 3252).

(2) Despacho del Sr. de Corcelles al ministro de Negocios extranjeros, 20 de julio de 1849 (*Monitor*, pág. 2624).

bir. Sería de temer que la consulta llegase á negar los fondos, ya para alguna misión, ya para alguna obra religiosa. Estamos en el deber de evitar que se reproduzcan las circunstancias dolorosas que hicieron la intervención necesaria. El Sr. de Rayneval protestó, haciendo observar que sus conferencias con el Papa y con el secretario de Estado le habían hecho concebir las mejores esperanzas. Pero halló poco apoyo en el seno de la conferencia. El voto de los impuestos, abandonado á

individual y de la propiedad particular, una organización judicial mejor, una administración más abierta á los seculares, y, sobre todo, el voto de los impuestos por la consulta. Al mismo tiempo, desde París, el Sr. de Falloux, cuyos sentimientos católicos le daban una particular autoridad, envió al Padre Santo una carta que le fué entregada por el Sr. de Rayneval y en que demostraba la necesidad de las reformas. Nuestros plenipotenciarios y nuestros hombres de Estado insistían sobre



M. Julio Favre

una Cámara única, podría traer graves inconvenientes, decía el representante de Austria, señor Esterhazy. El plenipotenciario de España, Sr. Martínez de la Rosa, temía que la Consulta, investida de atribuciones deliberativas en materia de hacienda, se convirtiese en Asamblea política, de la misma manera que en Francia, el año 1789, la Asamblea de notables condujo á los estados generales (1). En cuanto al Sr. Ludolf, representante de Nápoles, hubiera sido infiel á la política absolutista de su amo si se hubiese mostrado más exigente que los plenipotenciarios de España y de Austria: de seguro que cualquiera Asamblea, aunque no fuera más que consultiva, le parecía un lujo superfluo.

Sin embargo, nuestros representantes no se desanimaban. El 19 de agosto, una nota redactada por el señor de Rayneval (el Sr. de Corcelles se encontraba enfermo) fué entregada al cardenal Antonelli. En esta nota se reclamaban garantías en favor de la libertad

(1) Actas de las conferencias de Gaeta, sesión de 11 de agosto de 1849.

todo sobre el temor de que una política demasiado retrógrada perjudicase á la causa de la religión, tan popular en nuestro país desde el 24 de febrero, afirmando que una política conciliadora atraería entusiásticamente á la Francia liberal y cristiana. Esta consideración, invocada con respetuosa insistencia, era muy propia para impresionar el alma elevada de Pío IX.

IX

Tal era la situación á mediados de agosto, situación complicada, pero no insoluble. La intervención personal del presidente de la República vino de pronto á desorientar los esfuerzos de los plenipotenciarios franceses y comprometió el fruto de sus pacientes negociaciones. Este incidente es demasiado curioso para que dejemos de relatarlo.

Por prudencia ó por fidelidad á las opiniones de su juventud, el presidente de la República había evitado siempre el confundir, en la cuestión romana, su actitud con la de la derecha parlamentaria. Dejaba suponer que

profesaba sobre esta cuestión una política aparte, política sobre la cual no se explicaba y que quizá él mismo no hubiera podido definir. La idea de una confederación italiana, con un papa liberal por jefe, ocupaba su espíritu, fácilmente accesible á las concepciones grandiosas y algo quiméricas. Cuando el Sr. de Corcelles, antes de partir para su segunda misión, fué á despedirse de él, el príncipe reveló sus verdaderos sentimientos en esta frase: «Haréis bien en ponerlos en relación con algunos de los hombres que conocí años atrás en Italia.» Apenas hubo dicho estas palabras al enviado francés, cuando, cambiando súbitamente de idea, añadió con aquella dulce é indefinible sonrisa que animaba á veces su fisonomía: «Bien que mis amigos hace tiempo que los perdí de vista y figuran sin duda entre los sitiados.» Esta frase, en su picaresca sinceridad, explicaba mejor que todo lo demás la situación de Luis Bonaparte, antiguo carbonario, convertido, por capricho de las cosas, en jefe de una cruzada en favor del Soberano Pontífice. Aquella disposición un poco equívoca trocóse en un franco mal humor cuando los manifestos y los decretos de los tres cardenales revelaron la fuerza del partido retrógrado que trataba de reemplazar á Pío IX ó de atraerlo á su política. Los familiares del Eliseo, intérpretes de los pensamientos del amo, no se burlaron poco de los *triumviros rojos*, como llamaban á la comisión romana, y el presidente mismo, aunque obligado á guardar más reserva, no había disimulado su disgusto. Las cartas recibidas de Italia y que atestiguaban el descontento del ejército expedicionario, aumentaron la irritación del príncipe. El sitio de Roma le había gustado como un medio de popularizarse entre el elemento militar con alguna empresa de guerra. Si esta ventaja se desvanecía, ¿qué le quedaba? Atento siempre á empujar hacia delante su fortuna, Bonaparte se preguntaba si el favor de los católicos, á tal precio adquirido, no resultaba demasiado caro. En el seno del consejo, compartía con el príncipe esta manera de apreciar la cuestión el jefe del gabinete, Odilón Barrot, y también Dufaure, según decían. Ambos pensaban que se habían apresurado mucho á restablecer al Padre Santo, y que, antes de proclamar su restauración, debían haberle pedido garantías. Luis Napoleón hacía recaer en los jefes de la mayoría la responsabilidad de todos sus apuros, y este sentimiento del presidente acabó pronto por no ser un misterio para nadie. Fué tan conocido, que hasta parece que una fracción del partido republicano trató de sacar partido de él. No puede interpretarse de otra manera el lenguaje de Julio Favre recordando con afectación, en la sesión parlamentaria de 7 de agosto, el papel de Luis Bonaparte en 1831, comparándolo pérfida y hábilmente con la actitud de la derecha y procurando convertir así en ruptura lo que todavía no era más que un rozamiento pasajero.

En tal estado las cosas, un día, en sesión del consejo, el presidente enseñó á sus ministros, y especialmente á Tocqueville, una carta que acababa de escribir sobre los asuntos romanos á uno de sus ayudantes enviado en comisión á Roma, el teniente coronel Edgardo Ney. Tocqueville comprendió la gravedad de aquella carta que formulaba severas críticas contra el gobierno pontificio, y pidió al presidente el permiso de comunicarla al Sr. de Falloux, que no asistía á la reunión. La fide-

lidad de Falloux al Padre Santo no podía ser puesta en duda; sin embargo, con un sentido perfecto de las necesidades políticas, el ministro de Instrucción pública opinaba que no convenía herir las susceptibilidades de Luis Bonaparte, y si bien no aprobó la carta de un modo expreso, le pareció que no era oportuno desaprobala. Por otra parte, nadie se imaginaba que aquella carta estuviese destinada á la publicidad de los periódicos; y como documento que sólo había de circular en manos de algunas personas, no hacía más que repetir, en forma demasiado viva, lo que decían nuestros representantes en Roma y en Gaeta, lo que pensaba en el fondo el ministro de Negocios extranjeros, y no era probable que se contestase de un modo ruidoso á una comunicación oficiosa y amistosa. En presencia de la opinión del Sr. de Falloux, Tocqueville quedó tranquilo. Sin embargo, quiso aún que la carta fuese leída otra vez en consejo de ministros; nuevamente Falloux juzgó prudente no protestar, y la carta partió (1).

Por el momento, el incidente pasó casi inadvertido. De tal modo se creía que aquel documento no llegaría á publicarse en los periódicos, que Tocqueville hizo suplicar á uno de los coroneles del cuerpo expedicionario que le enviase una de las copias que circularían; por curiosidad deseaba conservar un ejemplar de la carta en sus archivos particulares. ¡Cuál no sería la sorpresa del gobierno al enterarse, ocho ó diez días después, de que el escrito era profusamente distribuido por la ciudad de Roma; que todo el mundo lo conocía y comentaba; que los principales órganos de la prensa italiana se habían apresurado á publicarlo; que sólo la firme voluntad del general Rostolán impedía que se insertase en el *Diario Oficial* de Roma! Una vez producido el escándalo, los ministros creyeron que ya no era posible oponerse á que la carta se publicase en París; y, el 7 de septiembre, la *Carta á Edgardo Ney*, que de pronto se había hecho famosa, fué publicada en la parte no oficial del *Monitor*. La *Patrie*, órgano oficioso del Eliseo, anunció que todos los ministros, incluso el Sr. de Falloux, habían aprobado el acto de Luis Bonaparte. Falloux, que se hallaba en una estación termal, acudió en seguida, protestó vivamente y obtuvo la inserción de una nota rectificativa en el *Monitor*.

He aquí el expresado documento, que pertenece á la historia por la influencia que tuvo en la cuestión italiana y porque fué la primera revelación de aquella política caprichosa y llena de sorpresas que Luis Napoleón había de practicar más tarde á espaldas de sus ministros y á menudo contra ellos:

«Eliseo nacional, 18 agosto 1849.

»Mi querido Ney:

»La República francesa no envió un ejército á Roma para ahogar la libertad italiana, sino, por el contrario, para regularla, preservándola contra sus propios excesos, y para darle una base sólida, reponiendo en el tro-

(1) Las *Memorias* del Sr. de Falloux, publicadas posteriormente á la primera edición de esta obra, refieren este incidente de un modo algo distinto. He creído que no debía modificar mi relato, que tomé de una carta particular escrita inmediatamente después de la sesión del consejo por Tocqueville á Corcelles. (*Nota de la segunda edición.*)

no pontificio al príncipe que fué el primero en colocarse valerosamente á la cabeza de todas las reformas útiles.

»Me entero con pesar de que las intenciones benévolas del Padre Santo, como nuestra propia acción, permanecen estériles en presencia de pasiones é influencias hostiles. Pretenden dar como base á la vuelta del Papa la proscripción y la tiranía. Decid de mi parte al general Rostolán que no debe permitir que á la sombra de la bandera tricolor se cometa ningún acto que pueda desnaturalizar el carácter de nuestra intervención.

»Yo resumo así el restablecimiento temporal del Papa: *Amnistía general, secularización de la administración, Código Napoleón y gobierno liberal.*

»Personalmente me ha disgustado, al leer el manifiesto de los tres cardenales, el ver que ni siquiera se hacía mención del nombre de Francia, ni de los sufrimientos de nuestros valerosos soldados.

»Todo insulto hecho á nuestra bandera ó á nuestro uniforme me hiere en el corazón, y os ruego hagáis saber que si Francia no vende sus servicios, exige al menos que le agradezcan sus servicios y su abnegación.

»Cuando nuestros ejércitos dieron la vuelta á Europa, dejaron en todas partes, como huella de su paso, la destrucción de los abusos del feudalismo y los gérmenes de la libertad: no se dirá que, en 1849, un ejército francés haya podido obrar en otro sentido y obtener otros resultados.

»Decid al general que dé las gracias, en mi nombre, al ejército por su noble conducta. He sabido con pena que ni siquiera físicamente lo tratan como es debido; no debe escatimarse medio alguno de instalar convenientemente nuestras tropas.

»Recibid, mi querido Ney, el testimonio de mi sincera amistad.

»LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE.»

A no considerar más que las conveniencias, este documento era de lo más extraño que pueda imaginarse. No era al general Rostolán, ni á los diplomáticos acreditados, sino á un simple ayudante, que Luis Bonaparte manifestaba sus impresiones. El presidente entraba en comunicación con la opinión pública, no por medio de sus ministros, como se hace en los países libres, sino por conducto del coronel Ney. Y, para colmo de extrañeza, resultaba que Edgardo Ney había de decir al general Rostolán, su jefe, que hiciese publicar en el *Diario de Roma* la carta á él dirigida. Considerando el fondo de las cosas, aquel *ultimátum* en cuatro puntos, significado al papa bajo la capa de un oficial, también se prestaba á la crítica. Había alguna inconsecuencia en recomendar una amnistía plenaria cuando aún seguían detenidos muchos insurrectos de Junio. Reclamar en un lenguaje casi conminatorio la introducción del Código Napoleón en los Estados romanos, era olvidar que cada país es el mejor juez de las instituciones que le convienen, y que los extranjeros, en esto, no tienen más derecho que el de dar su consejo. La secularización de los ministerios formaba parte de las peticiones hechas, desde hacía mucho tiempo, á la curia romana; pero había que tener en cuenta que el papa, soberano eclesiástico, había de rodearse, por la fuerza misma de las cosas, de dignatarios eclesiásticos, del mismo modo que el rey de Prusia ó el emperador de Rusia, soberanos milita-

res, se rodeaban de un cortejo de generales. En cuanto al gobierno *liberal*, cuyo pronto establecimiento se quería, hasta la palabra era demasiado vaga para que se viera en ello otra cosa que una simple fórmula.

Fuese cual fuese el carácter de la carta, produjo un efecto considerable.

En Francia la aprobación fué más viva ó al menos más ruidosa que la censura. La prensa demagógica se alegró al extremo de olvidar las recientes represiones. Los republicanos de todos matices acariciaron de nuevo la esperanza de operar la división entre el presidente de la República y la mayoría de la Asamblea. Las masas fueron seducidas por el giro imprevisto y desenvuelto de la carta presidencial. Aquella afectada solicitud por el bienestar del ejército, aquellas alusiones á las guerras revolucionarias que habían destruído los vestigios del régimen feudal y sembrado en todas partes los gérmenes de la independencia, aquellas protestas contra toda empresa retrógrada realizada á la sombra de la bandera tricolor, todo esto daba idea de un Bonaparte demócrata, amigo de la igualdad, patriota, en manera alguna sometido al partido clerical, tal como empezaba á darse á conocer. Poco correcto desde el punto de vista internacional, el lenguaje del príncipe había sido hábilmente calculado para captarse el favor público. Los católicos fueron los únicos que se affigieron, y con ellos las personas sensatas á quienes asustaba aquella política de violentas sacudidas y aquella diplomacia espoleada.

En el extranjero la sorpresa fué grande. En cuanto á las apreciaciones, difirieron según los sentimientos y las miras. En Italia, la prensa liberal de Turín y de Florencia, muy excitada contra la curia de Gaeta y muy malévola contra Francia, aplaudió la iniciativa del presidente. En Prusia, donde dominaban los prejuicios protestantes, el rey pareció aprobar la actitud de Luis Napoleón. En Inglaterra, la opinión y el gobierno parecieron dividirse en dos impresiones contrarias. El gabinete de Londres tenía entonces en Roma dos agentes: M. Scarlett, tory y católico, y M. Freeborn, protestante y casi radical; á pesar de la diversidad de sus opiniones y creencias, ambos convenían en reprobar las tendencias de la curia romana. Juzgando la situación por el parecer de sus representantes, el ministerio británico no podía menos de aplaudir la carta conminatoria enviada de París. Por otra parte, esta carta tenía un carácter tan inconstitucional que, en aquel clásico país de las formas parlamentarias, el elogio fué atemperado por alguna censura. En cuanto á los gabinetes de Viena y San Petersburgo, no vacilaron en marcar en forma clara y precisa, aunque muy cortés, su desaprobación. Aunque no hostil á las reformas liberales, el príncipe Félix de Schwarzenberg, que gobernaba entonces el Austria, juzgó severamente la carta á Edgardo Ney: «Es una indiscreción comprometedor, dijo á nuestro embajador, Sr. de La Cour. La obra de persuasión á intentar cerca del Padre Santo será ahora más difícil que nunca (1).» Por su parte, el canciller del imperio ruso, Sr. de Nesselrode, se expresaba casi de igual modo; considerando el fondo de las cosas, criticaba sin amargura, pero con

(1) Despacho del Sr. de La Cour á Tocqueville, 18 de septiembre de 1849.

rectitud de juicio, la carta presidencial. A esto, el ministro de Francia en San Petersburgo, general Lamoricière, contestaba (y era cierto) que la carta no tenía carácter diplomático.

Si tal era la impresión causada en las cortes europeas, ¿cuál no sería el apuro de nuestros plenipotenciarios en Gaeta? El papa había manifestado recientemente

se en buscar los términos de una transacción, sin más perspectiva que disgustar al jefe del Estado y ser sostenido únicamente á medias por la opinión francesa. Obrando así, prestó á la causa de la paz religiosa, y quizá también á la causa de la paz general, un señalado servicio.

Para ser eficaz, la acción de nuestros representantes



El general Lamoricière

te al general Oudinot su propósito de acercarse á Roma instalándose en Castel-Gandolfo: de allí hubiera sido fácil decidirle á entrar en su capital. A la noticia de la carta á Edgardo Ney, el Padre Santo sólo cuidó de esquivar una protección cuyas exigencias casi eclipsaban los servicios, y se fué á Portici, á la sombra del palacio del rey de Nápoles. Por otra parte, los tres cardenales amenazaban con salir de Roma si la carta de Luis Napoleón era oficialmente publicada allí. Todas las negociaciones seguidas desde hacía dos meses quedaban interrumpidas. Las soluciones extremas estaban más que nunca á la orden del día.

El Sr. de Corcelles esforzóse valerosamente en reparar el sensible escándalo que no había podido evitarse: á pesar de muchas decepciones, procuró salvar del naufragio de 1848 los restos liberales que aún podían flotar; supo ser insistente sin dejar de ser respetuoso; obstinó-

había de ejercerse simultáneamente en Roma, en París y en Portici.

En Roma, lo primero que hizo el Sr. de Corcelles fué impedir la publicación oficial de la carta á Edgardo Ney. Haciendo uso de los plenos poderes que le habían sido conferidos al partir de Francia, escribió desde Nápoles al general Rostolán para que se opusiese á la inserción del famoso documento en el *Diario oficial de Roma*; así es que la carta no tuvo, en la capital de los Estados romanos, la consagración de la publicidad oficial.

Al mismo tiempo el Sr. de Corcelles procuraba en sus despachos enterar de todo á su gobierno, calmar la irritación que reinaba en el Elíseo é inclinar los ánimos á las resoluciones moderadas. A sus despachos añadía largas cartas confidenciales destinadas al ministro de Negocios extranjeros, Sr. de Tocqueville, su íntimo

amigo. Aquella correspondencia particular, que no ha sido publicada hasta ahora, revela mejor que nada hasta qué punto había aumentado la desconfianza recíproca entre aquellas dos potencias, de las cuales una acababa de salvar y restaurar á la otra. «Amenazáis al papado, decía el Sr. de Corcelles, con un llamamiento al mundo y á Italia; eso mortifica: es una vana intimación, si estáis decididos á deteneros en el camino; son espantosas complicaciones en perspectiva, si queréis ir hasta el fin... La Iglesia no puede hacer, sin embargo, una noche del 4 de agosto para satisfacer á los lectores de folletines.» Dos días después, el lenguaje del embajador francés era aún más claro y terminante: «El papa no puede optar sino entre Francia y Austria; en presencia de nuestras veleidades de cohibición, ¿cómo no ha de preferir el Austria respetuosa á la Francia amenazadora?» Las dificultades eran tan grandes, que el Sr. de Corcelles no vacilaba en sugerir la idea de un congreso: «Porque si el Austria interviene, quizá surja la guerra de esta malhadada cuestión italiana...» Al mismo tiempo, nuestro diplomático demostraba cuán grandes serían las dificultades con que tropezaría la autoridad francesa si los cardenales salían de Roma. «Os veréis libres de los retrógrados, privados de los amigos del papa, privados de los moderados miedosos; sólo tendréis en favor vuestro á los revolucionarios que convertirán en aduladores muy pérfidos: de ahí conflictos y, al final, una guerra y una gran humillación.» A este lenguaje tan franco, el Sr. de Tocqueville contestaba en términos de desaliento: «El presidente es ingobernable, decía: los miembros del gabinete hacen causa común con él; desde que marchó Falloux, soy el único en predicar la moderación.» No la predicaba tanto que no participase un poco del mal humor general. Las lentitudes de la curia romana le causaban un disgusto extremo, y en ellas veía una señal de doblez. Sin embargo, los múltiples avisos de nuestro enviado diplomático no dejaban de ser fructuosos. Habiendo el Sr. de Corcelles apuntado la idea de un congreso, Tocqueville encargó al general Lamoricière, embajador en San Petersburgo, que sondease sobre el particular el ánimo de Nesselrode. En el Elíseo, en el consejo, en el ministerio de Negocios extranjeros, la irritación subsistía; pero se tenía paciencia, sin que se añadiese ningún nuevo escándalo al producido.

En la época en que Tocqueville leía las cartas íntimas de su amigo de la infancia, pudo leer en los periódicos otra carta muy diferente, dirigida á él y á Falloux por Mazzini. En esta carta, Mazzini se apoyaba en la de Luis Napoleón á Edgardo Ney para triunfar con ella. Mostrábase el verdadero favorecido por nuestra nueva política; y triunfaba con una insolencia desdeñosa, juzgando que aquella vuelta á ideas primitivas no amnistiaría ninguna de las violencias pasadas y contentándose con señalar con altivez «la discordia entre el protector y el protegido (1).»

Pero era sobre todo en Portici donde la acción del Sr. de Corcelles había de hacerse sentir. El mismo cuidado que ponía en recomendar al gobierno de París la deferencia con el Papa, empleaba en presencia del Papa mismo para realzar la abnegación tradicional de

(1) Carta de Mazzini á los señores de Falloux y Tocqueville, septiembre de 1849.

Francia, las consideraciones de gratitud que merecía por la reciente efusión de su sangre, las ventajas de una pronta transacción y el perjuicio que una ruptura abierta podía causar á la fe católica. En Portici, del 4 al 13 de septiembre, fué recibido cuatro veces por el papa. Pío IX le acogió con extraordinaria amabilidad. Cierta es que nuestro enviado diplomático había sabido captarse toda su confianza. El Soberano Pontífice no escatimó la expresión de su gratitud y de su simpatía para con la Francia.

Pero era visible que la carta del presidente le había mortificado como un ataque á su independencia: «¡La carta, la famosa carta, la *nota letteral*,» repetía á menudo con una mezcla de inquietud, de tristeza y quizá también de ironía. Como el Sr. de Corcelles hablase de la necesidad de las concesiones, el Padre Santo insistió, como tantas veces lo había hecho, sobre las amplias franquicias municipales y provinciales que deseaba conceder á sus súbditos: mas por todo lo que tenía trazas de gobierno constitucional su repugnancia parecía casi invencible. Nuestro embajador hizo, sin embargo, un postrer esfuerzo en favor del voto deliberativo concedible á la Consulta en materia de hacienda. A fin de prevenir las objeciones del Soberano Pontífice, hasta sugirió la idea de negar á este consejo el derecho de enmienda y no conferirle más facultad que la de adoptar ó desechar los presupuestos en masa. Los gastos eclesiásticos escapaban á todo examen de los cuerpos deliberantes. Al Padre Santo no le gustó mucho este expediente. Prefería atribuciones consultivas, pero serias, á un derecho de intervención que, á fuerza de ser restringido, resultaba enteramente ficticio. El Sr. de Corcelles pidió al menos que el edicto de las reformas se publicase pronto, porque la incertidumbre en que se vivía autorizaba en la prensa los comentarios más maliciosos y mantenía las malas inteligencias. Acerca de este particular, el embajador de Francia proponía con toda clase de miramientos una especie de compromiso: «La carta á Edgardo Ney, decía, no ha recibido ni recibirá en Roma publicación oficial; pero, en cambio, que el edicto de las reformas, que el *Motu proprio*, que Europa pide hace tanto tiempo, sea al fin promulgado.» Tales instancias no resultaron inútiles, y creyóse, por último, que aquellas laboriosas negociaciones tocaban á su término. «Acabo de obtener para el lunes ó martes, escribió el 14 de septiembre el Sr. de Corcelles al Sr. de Tocqueville, la publicación del *Motu proprio* (2). Efectivamente, el decreto con tanta impaciencia esperado se publicó el 19 de septiembre en el *Diario de Roma*.

X

Esta desdichada cuestión romana estaba condenada á promover nuevas complicaciones en el momento mismo en que se creía llegar á una inteligencia. La carta á Edgardo Ney había contristado á las almas religiosas y alarmado á los espíritus reflexivos, y resultó que el *Motu proprio* fué una verdadera decepción para muchos liberales sinceros.

El edicto del papa organizaba los consejos municipales y provinciales, los cuales debían formarse por elec-

(2) Correspondencia inédita.